

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

En un principio, este escrito va a ser muy duro para mí. Porque tendré que recordar, toda una vida que mejor sería haberla podido olvidar hace muchos años. Pero tengo la obligación de dejar plasmada mi vida y experiencias.

Ahora empiezo a revivir mi vida pasado.

Nací un 30 de mayo de 1924, pero mis primeros recuerdos se remiten a un pueblecito de Valladolid (Castromonte), en este pueblecito pasé lo mejor de mi niñez, creo que hasta los cinco o seis años, ya que ha dicho lugar me enviaron mis padres para terminar de amamantarme un ama de leche. Transcurrido ese tiempo me llevaron de nuevo a Valladolid (mis padres como es natural), para asistir al colegio de párvulos de doña Marta, ella de religión protestante, divina como maestra y como mujer cariñosa para sus niños como ella nos llamaba, después sería otra más de las víctimas de Franco, ya que murió de pena al cerrarle su colegio las autoridades fascistas (este fue mi primer colegio).

Todo transcurre normal en mi vida, con más alegrías que penas, pero llegó una fecha fatídica para el pueblo español y de manera especial para mi familia, que junto con todos los vallisoletanos sufrimos el acoso de las hordas franquistas en ese desdichado 18 de julio de 1936.

La J.A.P.A., Renovación Española, Requetés, Las J.O.N.S., La J.O.C. Guardia Civil, Guardia de Asalto de estos no todos, Guardias de seguridad y Municipales y de manera especial los que se hacían llamar Falangistas. Todos ellos y alguno más que ya subrayaré contra todo ser viviente que pensase y desease Pan y Trabajo, Justicia y Libertad, con la saña más perversa y cruel que pueda imaginar el ser humano.

Robos, asaltos, secuestros, encarcelamientos, asesinatos y destrucción de comercios, viviendas y fincas, era lo que se vivía en aquel Valladolid.

Colegios como el grupo escolar Pi y Margall, el último en que yo estudié, fue asaltado y destruido con el cinismo de ponerle el nombre de Cardenal Mendoza, otro tanto paso con el grupo Cervantes que paso a llamarse Primo de Rivera.

Doce años era mi edad, y entonces empecé a comprender lo que es la hipocresía y sobre todo de los que se hacen llamar seguidores de Cristo. Mis ojos de niño desde mi domicilio C/ Labradores nº 36, vieron como desde la torre de la Catedral se ametrallaba a las gentes y de manera muy especial a la llamada Casa del Pueblo, y en esta torre para más ironía la imagen de Jesús.

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

Valladolid es una casa y un convento o un convento y una tasca, desde ese 18 de julio de 1936, Valladolid pasó a ser un convento y una cárcel.

Cárcel vieja o Chancillería, Cárcel nueva que aún estaba sin terminar, Cuartel de Farnesio, Academia de Caballería, Gobierno Civil, Capitanía General, Jefatura de Falange, Juzgados Municipales y sobre todo las tristemente famosas Cocheras de Tranvías, todos esos lugares son los que tuve que recorrer la noche del 3 de octubre de 1936, con el fin de localizar a mi padre, que había sido secuestrado al salir del trabajo a las 6 de la tarde de dicho día.

Pero volvamos al ya mencionado 18 de julio. Si mal no recuerdo las cinco de la tarde, las plazas y principales puntos de Valladolid son ocupados por los grupos anteriormente mencionados. El pueblo no lo tomaba muy en serio, mi mismo padre sostenía que era cuestión de 24 ó 48 horas, que el gobierno pronto les metería en cintura, no podían imaginar que era el fin de sus vidas y 40 años de esclavitud y represalias.

Para empezar, el poderío de los facciosos, prohibieron salir a todos los ciudadanos de sus casas, los balcones se tenían que tener abiertos todo el día así como las puertas de los portales, nadie se podía reunir ni con sus propios familiares. Al paso de las tropas por la calle había que bajar todo el mundo a saludar con el brazo en alto, esto podía ocurrir de dos a tres veces diarias, normalmente eran tropas de Caballería.

En aquel día, mi familia la componíamos mi padre Aniceto Carballo Rodríguez, mi hermana Avelina, José y yo Fernando, ya que mi madre Concepción Blanco Rivas se encontraba en la zona Republicana (Madrid). Mi padre trabajaba en los Talleres de Hierro del Norte de España, hoy en día R.E.N.F.E. Como ya he comentado antes nuestro domicilio era C/ Labradores nº 36 2º piso puerta derecha, este edificio pronto paso a llamarse la casa de los CONDENADOS. En la planta baja vivía un matrimonio sin hijos, para la señora Cruz todos los niños del edificio éramos sus hijos, y nos la asesinaron, una noche se la llevaron y al día siguiente apareció muerta. En el 2º izquierda vivía el señor Luís con sus dos hijos más o menos de mi edad, siempre de madrugada como buenos cobardes lo secuestraron y lo asesinaron, a los pocos días mi padre nos dice tenemos que ayudar a la viuda de Luís y a sus hijos a llevar algunos enseres a la estación por que se marchan de este edificio maldito, el señor Luis era maquinista de primera y hacía su trabajo en el rápido de Irún, pero a sus hijos no les concedieron los derechos de huérfanos de ferroviarios, como luego nos pasaría a nosotros.

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

Jamás podre olvidar los consejos de las amistades de mi padre, con lo cual demostraban el gran cariño que le profesaban, “Aniceto márchate si no te matarán”, el siempre contestaba, “yo no he hecho a nadie nada malo, ¿porque tengo que huir cobardemente? y además tengo a mis hijos ya que Concha se encuentra en Madrid, ¿Qué sería de ellos? Recuerdo que era muy cariñoso, le gustaban las amistades, creo que era la persona que más amistades atesoraba, no lo puedo olvidar a pesar de los años transcurridos, con la alegría que invitaba a las gentes a comer a casa, con las comidas que tan maravillosamente preparaba y con el cariño que lo hacía.

A pesar de todo eso, el 3 de octubre de 1936 lo secuestran y nos lo asesinan, lo vi solo un instante, abrir y cerrar la tapa del ataúd, su estómago era un boquete y en su frente un agujero de un tiro.

Aquella noche mis hermanos y yo nos la pasamos buscándole por todas las prisiones Valladolid que habilitaron los fascistas, y eran tantas, sin resultado positivo alguno, también fuimos a comisaría y a los juzgados, palabras más o menos benévolas pero de nuestro padre ni rastro.

Llegó la madrugada y nos fuimos mis hermanos y yo a la casa de unos compañeros de nuestro padre, nos dieron de desayunar un café con leche y nos lavamos la cara con el fin de desahogarnos de nuestra angustia y también de nuestro agotamiento. Serian las ocho de la mañana del día cuatro de octubre cuando llamaron a la puerta, para comunicarnos que nuestro padre estaba vivo y se encontraba en los calabozos de la Academia de Caballería, marchamos velozmente, íbamos tan contentos a verle, cuando en la calle no topamos con un secretario del juzgado que conocía a nuestra familia y al vernos tan contentos nos pregunto el motivo, y al comentarle la grata novedad aquel anciano de barba blanca y canas blancas se rompió a llorar y nos dijo que por desgracia no era cierto, que lo habían encontrado muerto.

Después de pasar lo que cualquier persona humana se puede imaginar, fuimos con él, al depósito de cadáveres del hospital. Tan solo dejaron pasar a mi hermana Avelina que con 15 años era la mayor de los tres hermanos, yo lo pude ver apenas unos instantes antes de subirlo al carro de los muertos. Pero aun no habían completado su obra. Después llego el robo y saqueo de nuestra vivienda familiar, dejándonos en la más absoluta indigencia, es decir en la calle.

En Valladolid muchos grandes amigos por parte de mi padre se ofrecen a recogernos en sus casas, finalmente marchamos a casa de Geno, donde

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

estuvimos desayunando con anterioridad. Días después se empieza a gestionar para que se nos concedan los derechos de huérfanos de ferroviarios, ni se nos contesto, sin embargo después de un año o dos, no lo recuerdo bien intentan pagarnos la sangre de nuestro padre con mil pesetas a cada hijo, obviamente las rechazamos.

A lo sumo un mes después del asesinato de nuestro padre, recuerdo que era el mes de noviembre, alguien vino a buscarnos y nos llevaron al Gobierno Civil y de ahí al hospicio provincial. Avelina, José y Fernando Carballo ya van conociendo lo magnánimo del Caudillo y la caridad de sus jerarquías civiles y eclesiásticas. Esto no es más que el comenzar de otro capítulo nuevo de nuestras cortas vidas.

Tres niños que han quedado huérfanos de padre por la generosidad de unos hombres que pregonan a los cuatro vientos su amor a la Patria y sus creencias religiosas (Católicos, Apostólicos y Romanos). Durante los tres trágicos años de guerra nada más que tres veces logramos comunicar con nuestra madre mediante radio grama.

Tres rojillos han ingresado en el hospicio, la niña con las niñas y Jose y yo con los niños, por lo que los tres hermanos, después de tantos años juntos, el fascismo continuó su labor con la separación de tres hermanos.

Nuestro ingreso es bien acogido por los niños, al principio la relación fue un poco tirante con las monjas y con los celadores (muy bien con uno y con el resto normal).

Al día siguiente nos envían a la escuela, la sorpresa fue en un principio por el maestro, todo lo contrario que mi primera maestra. Julián Gil un maestro auténticamente fanático y un imbécil. Al empezar la clase por la mañana nos hacia cantar la tabla de multiplicar de principio a fin (a eso la gran mayoría de los alumnos en aritmética ya habíamos estudiado la regla de tres). Acto seguido leía los distintos partes de guerra, después del parte, todos los días nos subrayaba que a él los rojos le tenían en la lista negra. Por las tardes siempre lo mismo religión con Nabucodonosor y las tribus de Israel. Como era lógico en un establecimiento de monjas, misas, rosarios y novenas a mansalva, la verdad teníamos más adoctrinamiento que otra cosa.

Salvo la primera tirantez de los primeros días, en general esos tres años los recuerdo con cariño, pues nos trataban bien dentro de las circunstancias. No comíamos mal teniendo en cuenta la escasez de alimentos así como la higiene. En el hospicio me enseñaron carpintería y así hasta el fin de la guerra.

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

En esta etapa de mi vida aprendí que existían “nuevas gentes”, moros, el tercio, regulares, portugueses, italianos y alemanes, demás queda decir que no solamente nos querían esclavos de la región los fascistas, si no una absoluta sumisión al nuevo régimen que se había establecido.

Lágrimas cayeron de mis ojos “aún hoy en día me cuesta de recordar sin que brote alguna lágrima de mis ojos”, al caer en manos del fascismo Málaga, Bilbao, Santander, Castellón, Valencia, Barcelona, etc. Y al final pasaron y tomaron Madrid, y con ello acabaron todos los sueños e ilusiones depositadas por el pueblo español aquel 14 de abril de 1931.

En el primer radio grama que pudimos enviar a nuestra madre decía así (PADRE MUERTO – NOSOTROS EN EL HOSPICIO).

Durante su estancia en Madrid nuestra madre conoció a un guardia de asalto, leal a la REPÚBLICA, viudo y con dos hijos con el cuál contrajo matrimonio. Manolo, pues así se llamaba, fue destinado a Valencia y en esta capital fue donde les cogió el final de la guerra, teniendo la suerte Manolo de no ser detenido, no obstante las autoridades franquistas les dieron una hora para desalojar el piso donde residían y poderse llevar simplemente lo que pudieran entre las manos. Un amigo de mi madre y de Manolo les ofreció una casa en El Cabañal, que estaba prácticamente destruida por los bombardeos fascistas, al no tener otro lugar donde ir ahí fue donde se cobijaron.

Mientras tanto nuestra madre dio los pasos pertinentes para que las autoridades fascistas le devolvieran a sus hijos, consiguiendo al fin así su deseo y hacia mediados del mes de julio de 1939, un día inesperado de dicho mes nos notificaron las monjas, que al día siguiente salíamos para Valencia para reunirnos con nuestra madre. El viaje fue así: salimos de Valladolid acompañados los tres hermanos por un conserje del Gobierno, llegamos a Burgos y nos dejaron en una pensión, creo recordar que se llamaba Mesón del Viejo, nos trataron muy bien, pues el primer día que era de plato único, nos dieron dos platos, creo que estuvimos alrededor de cuatro días, de Burgos a Soria, primero pasamos por el Gobierno y después de unas horas no llevaron a otra pensión, unos días más y nos trasladaron hasta Calatayud, dormimos en la estación de los ferrocarriles hasta las tantas de la madrugada y de ahí a Teruel, esta capital era un montón de escombros y un hormiguero de prisioneros limpiando las calles de escombros, directos al Gobierno en dónde nos meten a los tres hermanos en una sala totalmente destartalada, llena de expedientes, en esa sala habían seis puertas con una pequeña rejilla en la parte superior y en cada puerta un soldado con su

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

fusil y su correspondiente bayoneta, en cada celda ocho, diez o vete tú a saber la cantidad de prisioneros, me puedo imaginar la suerte que correrían la gran mayoría. A la hora de la comida, nos trajeron la comida de auxilio social, creo por su aspecto que era del tipo de comida que durante bastantes años a posteriori fue con la cuál tuve que alimentarme, la entereza de mi hermana nos libro de dicha bazofia y puede que de largos ratos muy amargos, ya que aquellos prisioneros nos hacían recordar a nuestro padre, Avelina rechazó dicha comida, ante tal actitud al rato vino alguien, no sé, debía de ser un mandamás, a preguntarnos por qué no queríamos comer, a lo cual mi hermana respondió “nosotros no estamos en condición de detenidos, si no que nos está trasladando el Gobierno para entregarnos a nuestra madre que se encuentra en Valencia, es más no entiendo porque se nos ha traído a este lugar”, se marchó, imaginó que a informarse, pues al cabo de un rato volvió y nos pidió disculpas, a la vez que alegaba que creía que éramos prisioneros de guerra, rápido nos llevaron a una pensión, a todo esto no tenía ni puertas en las habitaciones, ya que Teruel era toda una ruina, los dueños se portaron muy bien con nosotros, por primera vez empezábamos a ver escombros en cantidad, era un anticipo de lo que nos encontraríamos en Valencia.

Tres días más y al fin para Valencia, hacia el medio día llegamos, después de casi dos semanas después de haber salido de Valladolid, en la estación nos esperaba mi madre, como las dos últimas semanas, después de que le notificaran que sus hijos ya habían salido de Valladolid. Con ella se encontraba Manolo, su marido. Manolo un buen hombre, siempre nos llevamos bien con él y con sus dos hijos, Lolo y Quique (a los cuáles hace muchos años que ya les perdí el rastro). Después de tantos años de no ver a nuestra madre, la verdad, mi impresión fue por su aspecto, demacrado y triste, un poco penosa, comprendí en seguida que su vida no iba precisamente bien, no tardé mucho en comprobarlo. Al llegar a nuestra nueva casa, se me cayó el alma a los pies, como vulgarmente se dice, era una casa en la calle Eugenia Viñes nº 131, esa casa no tenia puertas ni ventanas y casi todos los tabiques estaban destruidos.

Era la hora de comer y mi madre puso algo a calentar, algo para comer, ese algo era un poco de rancho que le daban los prisioneros de guerra y su escolta por lavarles la ropa, dinero no le podían dar, pues ellos tampoco lo tenían, eso si el rancho se lo daban antes de repartírselo los prisioneros, lo que si le daban era alguna que otra pastilla de jabón, que vete tú a saber cómo las lograban sacar. Para calentar la comida, mi madre lo hacía en el suelo y con cañas, hacían tanto humo que la pobre no hacía más que soplar y llorar.

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

Para colmo de los males, Manolo en un accidente de tráfico con un camión casi se secciono el brazo derecho, esto poco antes de terminar la guerra, le opero el doctor López Trigo en Castellón, pero Franco al hacerse amo absoluto de España, no le volvieron a curar, tardando más de seis años en curarse y sin poder trabajar. Manolo por su condición de Guardia de Asalto y miembro del partido Sindicalista de Ángel Pestaña, le hacían presentarse todas las semanas en la Comisaria General.

Ante esta situación, cuatro chicos, una chica, Manolo y mi madre, algo había que hacer, lo primero coger un hacha y buscar leña para calentar la comida, luego empezar a buscar papeles, trapos, hierros, etc. Con los cuales poder intercambiar por algo de dinero.

Mi hermano José, siempre fue muy enfermizo, Lolo era un poco paradito y Quique el más dinámico, pero como nos habíamos compenetrado muy bien desde el primer instante, empezamos por conocer bien el barrio y los barrios de Nazaret, El Grao, La Malvarrosa y sobre todo el Puerto de Valencia, éste nos solucionó muchos problemas, especialmente los de manutención.

En el mes de septiembre de 1939 encontramos una casa abandonada, pero en mejores condiciones que en la que malvivíamos, la adecentamos un poco y allá que nos fuimos, esa fue una gran suerte pues en la casa donde habíamos vivido a los pocos días cayó una tromba de agua y en el rincón donde dormía mi hermana Avelina se derrumbó una parte del piso de arriba.

Llevábamos casi tres meses en Valencia y dentro de lo que cabe nos habíamos adaptado bastante bien a esta nueva ciudad y a sus costumbres.

Mi madre como buena gallega era indomable y con nuestra llegada le había dado nuevos bríos a su vida, trabajadora constantemente me llevaba a los pueblos de los alrededores a buscar caracoles y con ellos sacábamos algún dinerillo, limpiábamos materiales de derribo, en fin íbamos tirando mejor de lo que pareció en un principio de lo que iba a ser.

Al poco tiempo encontré trabajo en una serrería, trabajaba desde las 3 de la tarde hasta las 12 de la noche, los primeros tres meses me pagaban 2 pesetas y 50 céntimos al día y luego empecé a cobrar 7 pesetas, era el único de la familia que tenía trabajo, alas 6 de la mañana ya estaba en la brecha, para ganar algo más, ya que todo se compraba y se vendía, desde cáscaras de naranja, vidrio, botes, botellas, hierros de todas las clases, etc. como no había nada todo valía algo, no

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

mucho pero algo, mi búsqueda duraba hasta el medio día, sábados, domingos y fiestas, así durante todos los días.

Pero un día de estos tiempos cambiaría mi vida hacia otro derroteros, no recuerdo la fecha, ya llevábamos varios meses en la C/ Doctor Llut, cuando una mañana, entre en un solar a rebuscar y vi una casa derribada, como todas tenía un boquete en la pared, yo entre por dicho boquete y vi bastantes sacos de cacahuets, como un chaval que era, pues cogí unos cuantos, no sé si llegaría a algo más de medio kilo, cuando salía de dicha casa en ruinas me cogió, dicen que un guardia del puerto, al tirarme de la oreja tan fuerte me hizo sangre, yo en vista de ello le pegué una patada en la espinilla, el enfadado me llevo a la fuerza y me metió en la comisaría del puerto, al rato de estar en ella llego el policía que nos acompaño a mí y a mis hermanos desde Teruel a Valencia, al verme me dijo oye chaval, yo a ti te conozco, a lo cual yo le conteste que era el que nos había acompañado desde Teruel, entonces subió al despacho del comisario jefe, bajando al cabo de un rato él y el comisario, es entonces cuando el comisario dirigiéndose a mi me pregunta ¿tienes padre? A lo cual le contesto que no, me vuelve a preguntar ¿de qué murió? le contesto asesinado, al contestar así me asentó un guantazo con toda la mano del revés y me clavo el anillo que llevaba en toda la cara, señal que aún me duele al recordarlo. Al rato cuando reaccione, me vi sentado en una silla y me estaban cuidando de la oreja y del ostión que me propinó el comisario. El comisario quería a toda costa de que yo claudicase y que dijera que mi padre fue fusilado, vanos intentos, puesto que cuanto más insistía yo aún más me mantenía en mis trece, argumentando que toda persona que no recibe un juicio previo es asesinada, y eso es lo que han hecho ustedes con mi padre, entonces fue cuando el comisario dijo “vas a seguir el camino de tu padre, por lo pronto te voy a llevar a la cárcel”.

Al rato me llevaron a la Comisaría General de Valencia, a todo esto sin avisar a mi familia y eso que la comisaría no estaba relativamente lejos, una vez en la Comisaría General, como no tenían cosa mejor que hacer se dedicaron a prefabricar una ficha policial de antología, nunca después en mi vida se han entretenido tanto en hacerme otra ficha como aquella, y eso que me he visto envuelto con la policía en unas cuantas ocasiones en mi vida. Bien, llego a la prisión Cedula y soy recibido con estas palabras “bien llegado a este establecimiento, chico así no puedes entrar, bueno espera un momento al cabo, cuando llega me hace una señal para que le acompañe al despacho del director, don Ramón de Toledo y Barriento, imposible olvidar ese nombre, es cuando el director me pregunta ¿Por qué te han traído aquí? A lo cual le cuento toda la

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

historia, entonces el me volvió a preguntar ¿tienes pantalones largos? Le contesté que si el de las fiestas y los domingos, pero que estaban en casa, entonces es cuando me comenta que con pantalones cortos no podía entrar, y mandó a su chófer a mi casa a por dichos pantalones largos, es en ese momento cuando mi familia se enteran de lo que me había pasado, pasó un rato hasta que llegó el chófer con los pantalones largos, y ya de tarde es cuando realizo en ingreso por primera vez en mi vida en una prisión (a todo esto llevaba todo el día sin comer), que grande e inmenso me pareció todo aquello, me dieron una manta, un plato y una cuchara, y me metieron en una celda de la planta baja de la tercera galería, pero ante mi asombro en aquella celda habían nueve hombres, al entrar yo, uno comenta “ya somos diez”, apenas habían cerrado la puerta de la celda cuando es nuevamente abierta y es entonces cuando entra un médico preso y me hizo varias preguntas entre ellas que de donde era, y lo que son las casualidades de la vida, el doctor también era de Valladolid, al acabar la guerra como estuvo en el frente ejerciendo como médico, fue capturado y encarcelado por colaboración con los rojos. El doctor me examinó la cara del ostión que me dio el comisario y me dijo: mañana a la luz del día, si aún estamos aquí, te examinaré mejor, ahora intenta relajarte y charla con el resto hasta que toquen silencio.

Al día siguiente suena una corneta y yo pregunté al resto de los presos ¿Qué es eso? Entonces me contestan eso es diana, a levantarse y a recoger bártulos, es entonces cuando somos llevados a un patio y nos empiezan a hacer que cantemos y recemos (lo típico por Dios y por España y nuestro Invicto Caudillo). Otro toque de corneta y empieza el recuento, todos en posición de firmes hasta que termina el recuento, aproximadamente la prisión podía contar con unos 20.000 presos, terminado éste es cuando aparecen otros presos con unos peroles grandes y empiezan a suministrarnos un cazo de Agua de Malta a cada uno. A las nueve otro toque de corneta, otro recuento y cambio de guardia, hasta que no termina toda la parafernalia todos quietos y en silencio, terminado todo somos llevados de nuevo a nuestras celdas. Apenas llevaría unos minutos en la celda cuando se vuelve a abrir la puerta y preguntan ¿Fernando Carballo? yo mismo, ¿tu segundo apellido? Blanco, acompáñame, es entonces cuando soy llevado a otra celda que hacía de clínica o algo parecido, y ahí se encontraba mi paisano el doctor Rodríguez Flores, con el estuve creo que alrededor de un par de horas y así paso el día y otros 15 días más, que me pudieron tener en esa celda de observación médica, por llamarla de alguna manera ya que la higiene brillaba por su ausencia y la carencia de equipo médico, así como de medicamentos eran prácticamente inexistentes.

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

Pero de aquellos días de encierro en la prisión, que pocos días pase en la celda. Para el resto de los presos debido a mi corta edad, era prácticamente un juguete para ellos, siempre encontraban una excusa para sacarme de mi encierro, y me cuidaban como auténticos padres. La gran mayoría eran la flor y nata de la intelectualidad del pueblo español, maestros, músicos, pintores, escritores, médicos, poetas, etc. Estas gentes eran para el régimen elementos subversivos y peligrosos, que ironía, que peligroso que puede llegar a ser un libro.

Y llegó un día que dijeron “chaval coge todo lo que tienes”, y entonces me cambiaron de galería, me subieron al tercer piso, a la celda 364, una celda bastante grande, por lo que daba la sensación de un hacinamiento bárbaro, es entonces cuando yo le espeté al guardia ¿donde me pongo?, el guardia me contestó espérate a que suban todos y ya te dirán, creo que al cabo de una hora de estar esperando allí solo en la celda, es cuando vuelve a sonar nuevamente la corneta y es en ese preciso momento cuando empiezan a llegar masivamente todos los reclusos, pero para mi sorpresa eran todos muy jóvenes, al poco rato me entere que ninguno sobrepasaba la edad de 25 años, estaban todos catalogados por los fascistas como presos políticos peligrosos. Se asombraron de verme en la celda siendo tan joven, y a continuación empezó un bombardeo de preguntas por parte de muchos de los reclusos, inmediatamente se empezó un reacomodamiento de la celda para así poderme dejar sitio, algo bastante complicado, pues ya he comentado antes que el hacinamiento era inhumano.

Sobre las cuatro de la tarde, nuevamente al patio para realizar otro recuento, y al grito de rompan filas nos espetan como todos los días a que gritemos Franco, Franco, Franco, Al romper filas nuevamente los compañeros de otras celdas se acercan a mí para una nueva batería de preguntas (todos querían saber como un chaval tan joven se encontraba ahí), obviamente no sabía a quién contestar primero, hasta que uno de los reclusos me vio tan agobiado que se acercó y comento al resto de sus compañeros “dejarle respirar que lo estáis aturdiendo”, entonces me llevo con él , había sido comisario de guerra, estaba casado y tenía un hijo de 12 años, entonces fue cuando le comento: parece que soy la novedad de la cárcel, ya que se había corrido la voz del jovencito que estaba en la prisión.

En el patio éramos tantos que para poder pasear teníamos que hacer un círculo. En esta prisión debido a la cantidad de músicos encarcelados, prácticamente podíamos decir que esta prisión contaba con una banda, aquí mismo estaba con nosotros también en prisión el famoso director Maestro Cabezas. Así van

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

pasando los días y cada día conozco a nuevos compañeros, nuevas historias y nuevas tragedias.

En la prisión hay cinco celdas más como en la que me encuentro, en las cuales los reclusos no superan los 25 años, de la 361 a la 366, uno de los jóvenes que más recuerdo se llamaba Marín, era de Alcira, lo cogieron con un grupo de jóvenes de dicho pueblo por que tenían algunas armas, y él se hizo el máximo responsable, le condenaron a muerte en consejo sumarísimo y a los seis u ocho días lo fusilaron, aquel viernes fue el día más triste de mi estancia en esa cárcel.

Todos los domingos que pasé en prisión, después de misa el director nos tiraba una arenga insoportable y de intento de adoctrinamiento.

Como era tan jovencito los presos prácticamente me dejaban hacer de todo, a la vez que tenía una protección de todos y cada uno de ellos, iba de galería en galería, o de patio en patio, así que de esta manera realizaba la función de correo para todos dentro de la prisión.

Lo peor eran principalmente los viernes, pues ese era el día que regularmente acostumbraban a hacer las SACAS (sacar a los condenados a muerte para fusilarlos en Paterna), yo hacía mis escaramuzas, y así de esta manera me enteraba de los nombres de los que se habían llevado y pasaba a comunicárselo a los demás, ya que el resto tenían un mayor control del que me sometían a mí, aparte de Marín del cual son mis mayores recuerdos, también fue fusilado el conocido doctor Joan Peset, pero en los cinco meses largos que estuve en esta prisión fueron decenas y decenas los que fusilaron en Paterna.

Tuve que aprenderme la canción que nos hacían cantar todas las mañanas, al toque de diana, recuerdo aun el estribillo de aquella canción, que te hace meditar por su hermoso contenido, decía así:

Levántate afanoso y reza tus oraciones;

Sonríe al nuevo día preñado de ilusiones.

Por Dios y por España, acude a trabajar;

La patria necesita de tu constante actividad.

Todas estas cosas teníamos que aguantarlas y sufrirlas en nuestras carnes, cuando eran centenares de miles los encerrados en las cárceles y campos de concentración fascistas, ¿cómo podíamos ir a trabajar? ¿cómo podíamos rezar si la inmensa mayoría no sabía, o no quería? Un día al poco de estar en prisión se

Fernando Carballo Blanco “Mis recuerdos 1924-1940”

me acerca un cura y me pregunta ¿Qué haces aquí? Yo le conteste “pues preso” ¿sabes rezar? Y yo le contesté que sí (pues después de tres años en el hospicio de Valladolid con las monjas intentándome adoctrinar no era para menos), entonces me espetó a que le recitara el credo, a lo cual yo le pregunte si lo quería en castellano o en latín, no hizo falta nada más, a continuación me dio un papel, que era un vale para dos comunicaciones extraordinarias. A infinidad de presos les hacia la misma pregunta, al que contestaba que no sabía rezar le recomendaba que se enseñase, pues si no, no saldría nunca en libertad.

En el mes de diciembre, muy cerca de Navidad, una mujer de las cientos que había siempre a las puertas de la cárcel, le comentó mi madre lo que le pasaba y aquella mujer le recomendó que intentase ver al juez, y resulto que en los juzgados de Valencia no sabían nada de mí, así que le dieron un papel para que lo entregase en la comisaría del Grao, parece ser, que dicho comisario se había olvidado de mi, gracias al papel que le dio el juez se le refrescó la memoria al comisario y redacto un escrito para que se lo entregara al juez, al recibir el escrito del comisario, el juez redacto la carta de libertad para mi, y que mi madre mismamente la llevase a la cárcel y así me pusieran en libertad. Me pusieron en libertad a eso de las 2 de la madrugada, pues en aquel entonces podían entrar y salir más de 200 presos al día y a todas horas, más entrar que salir.

Nunca podré olvidar a toda esta gente que conocí, que tanto me ayudaron y que tanto cariño derrocharon conmigo, es imposible olvidarlos pese a todas las calamidades y vejaciones a las cuales eran sometidos, mantenían una entereza y una firmeza en sus convicciones envidiables, a todos aquellos que asesinaron (pues los juicios eran una mera pantomima). Aún pese a los años es raro el día que pasa que no recuerde aquellos casi seis meses que pasé en la prisión de Valencia con la flor y nata del pueblo español, aquellos valientes luchadores de la libertad, y se me estremece el corazón. Aquellos hijos del pueblo español con ese gran amor por la libertad, hombres y mujeres que asombraron al mundo por su valentía y entrega en pro de la libertad del pueblo español y por qué no de la humanidad, como poco más tarde se demostró luchando por liberar Europa de la tiranía de los NAZIS. Esa fue mi gran escuela, con grandes e insignes maestros. Al fin estaba en libertad, ¡pero cuanto eche de menos a mi familia!, y ahora qué gran paradoja cuanto iba a echar de menos a mi gran familia de la prisión.